

da cada una de ellas a responder al anuncio de la buena nueva de Jesucristo. Propiamente hablando, sólo las personas son capaces de convertirse, de recibir el bautismo, de poner un acto de fe y de adherirse a la Iglesia. Sin embargo, aun admitiendo que los primeros destinatarios de la evangelización son ante todo las personas, la Iglesia habla hoy de evangelizar las culturas, es decir, las mentalidades, las actitudes colectivas, los modos de vida. ¿Cómo comprender esta extensión del concepto de evangelización? La evolución se explica por dos razones principales. Por una parte, se ha producido una ampliación de la noción de cultura, aplicada no solamente a las personas, sino también a las comunidades humanas. Estas dos acepciones, individual y colectiva, de la cultura pueden observarse en ciertas expresiones como “la cultura del espíritu”, “la cultura española”, “la cultura de los jóvenes”. Por otra parte, bajo el impulso del Vaticano II, la Iglesia ha entrado en un diálogo nuevo con el mundo moderno y sus culturas, consideradas como encrucijada vital para el porvenir religioso del hombre.

La cultura como campo de evangelización. Detengámonos en primer lugar en la noción de cultura. Tradicionalmente, la cultura se dice de las personas, de su desarrollo intelectual, de su creación artística, de sus producciones científicas. Así es como se habla de una persona culta, es decir, erudita, instruida, que ha desarrollado sus dones y sus talentos. Esta acepción sigue siendo válida; pero, al lado de esta cultura llamada clásica o humanista, se ha impuesto a nuestros contemporáneos un concepto antropológico de la cultura. En este sentido se habla de identidad cultural, de cultura popular, de cambios culturales, de desarrollo cultural, de diálogo de las culturas. La cultura designa entonces los rasgos característicos de un grupo humano, sus modos típicos de pensar, de comportarse, de humanizar un ambiente determinado. Cada comunidad humana se reconoce por su cultura propia.

Evangelización de la cultura

Tomando conciencia de la ruptura dramática que se ha producido entre la fe cristiana y las mentalidades actuales, la Iglesia invita a los creyentes a una evangelización en profundidad de la cultura y de las culturas. La consideración de la cultura como una realidad que evangelizar reviste un carácter de novedad, cuyo significado vamos a intentar comprender.

Esta expresión es bastante nueva en la Iglesia. Según la concepción tradicional, la evangelización se dirige únicamente a las personas, siendo invita-

Esta realidad cultural, colectiva e histórica, se percibe hoy como objeto de evangelización. No

basta ya solamente con llegar a los individuos uno por uno; importa alcanzarlos en su cultura para evangelizarla, como dijo con energía Pablo VI: "Para la Iglesia no se trata solamente de predicar el Evangelio en unas áreas geográficas más amplias o a unas poblaciones cada vez más masivas, sino también de llegar a convulsionar, por así decirlo, con la fuerza del Evangelio, los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes de inspiración y los modelos de vida de la humanidad que están en oposición a la palabra de Dios y al destino de la salvación" (*Evangelii nuntiandi*, 19).

Así pues, el Evangelio se dirige al mismo tiempo a la conciencia individual y a la conciencia colectiva, intentando regenerar la cultura de las personas así como la cultura de los grupos humanos, es decir, las mentalidades típicas de un ambiente determinado.

Para comprender, más allá de las fórmulas, lo que significa evangelizar las culturas, hay que partir de un dato que podríamos llamar socio-teológico: el hecho de que el Evangelio es de suyo creador de cultura. Lo recordaba Juan Pablo II en su discurso a la UNESCO (2 junio 1980), cuando subrayaba "el vínculo fundamental del Evangelio, es decir, del mensaje de Cristo y de la Iglesia, con el hombre en su misma humanidad. En efecto, este vínculo es creador de cultura en su mismo fundamento". Toda la historia del cristianismo es una ilustración palpable de este poder civilizador del Evangelio.

Una larga experiencia de evangelización de la cultura. Desde sus orígenes, la Iglesia ejerció su acción sobre la cultura, iluminando, purificando y elevando el espíritu humano por el anuncio del Evangelio. Los grandes pensadores cristianos, como Orígenes o Agustín, expresaron el mensaje de Cristo en unas categorías inteligibles para sus contemporáneos. Más tarde, los teólogos de genio, como santo Tomás de Aquino, enriquecieron el pensamiento racional y religioso elaborando audaces

síntesis entre la filosofía clásica y la doctrina de Cristo. Este aspecto, más intelectual, de la evangelización de la cultura sigue siendo actual y constituye para cada generación cristiana un desafío vital para la Iglesia. Este desafío se extiende también a la creación artística. La historia atestigua una verdadera evangelización del mundo de la imaginación y del simbolismo, por medio de creaciones pictóricas, arquitectónicas, musicales, poéticas, inspiradas por la fe cristiana. Pensemos, por ejemplo, en la asombrosa profusión de imágenes de Cristo y de la Virgen María que han enriquecido para siempre la historia del arte. Pensemos en fray Angélico, que creaba obras admirables, rezando y evangelizando a la vez. Recordemos los tesoros de la música gregoriana. Podríamos trazar así un vínculo muy claro entre el progreso de la evangelización y el nacimiento de un verdadero humanismo cristiano.

La difusión del Evangelio por todo el Imperio romano introdujo una nueva pedagogía de las inteligencias y de las conciencias. A partir de modestas escuelas, centradas al principio en el estudio de la Escritura, alimento de vida interior y fuente de la predicación, la Iglesia desarrolló las primeras Facultades consagradas a la teología y a las ciencias conocidas en aquella época. Nacieron así las universidades, que marcaron profundamente la vida de toda Europa y de los países por donde ésta irradió. La cultura estuvo marcada por un humanismo al mismo tiempo teológico, literario y científico, que formó la élite intelectual comprometida en la construcción de Europa y de su civilización. Esta cultura del espíritu y del corazón fue la que hizo nacer a los grandes exploradores y evangelizadores de genio, como Mateo Ricci en China, Roberto de Nobili en la India, Las Casas en América Latina.

Mediante una lenta ósmosis, toda la civilización se vio entonces impregnada de los valores del Evangelio y todos los aspectos de la vida recibieron la influencia del espíritu cristiano. León XIII recordaba este resultado de la evangelización en una

fórmula impresionante: “Hubo una época en que la filosofía del Evangelio gobernaba los Estados; en aquel tiempo, la fuerza y la influencia soberanas del espíritu cristiano habían penetrado las leyes, las instituciones, las costumbres de los pueblos y las organizaciones del Estado” (*Immortale Dei*, 1 noviembre 1885, n. 9).

Estas breves indicaciones históricas permiten comprender lo que significa transformar la cultura por la fuerza del Evangelio. Se percibe cómo actúa el Evangelio al nivel de las personas, de las costumbres, de las instituciones. Esta acción de la Iglesia sobre la cultura de las personas y de las comunidades humanas se ejerció desde los orígenes del cristianismo, es decir, mucho antes de que nuestros contemporáneos empezasen a hablar de una evangelización de las culturas. Tenemos que preguntarnos entonces cómo se explica el extraño éxito que ha obtenido esta expresión, relativamente reciente, reflexionando en la novedad que supone en los planteamientos pastorales de la Iglesia actual.

Una consideración renovada de la evangelización. La novedad obedece a varios factores. Está en primer lugar el hecho de que todas las culturas están ahora sometidas a cambios rápidos y profundos. Todos nuestros contemporáneos se preguntan cuál será el porvenir de los valores culturales que hasta ahora daban estabilidad a las costumbres, a las actitudes, a las instituciones, a los comportamientos tradicionales. Proyectados en la era moderna, todos los grupos humanos se preguntan por su identidad cultural y sienten la necesidad de tomar en sus manos su propio futuro, según unos criterios optativos cuya importancia moral y religiosa es palpable a los ojos de todos. Esto ha sensibilizado notablemente a nuestros contemporáneos por los cambios culturales, por su significado, por su orientación. Las intuiciones de los antropólogos y de los sociólogos, a propósito del análisis y de la acción culturales, son compartidas actualmente por una gran mayoría. También los gobiernos se

han comprometido en audaces políticas culturales, creando ministerios de cultura y diversos organismos de promoción cultural.

La Iglesia, sobre todo después del Vaticano II, ha acogido esta visión moderna de las culturas, como realidades humanas que hay que comprender, discernir y evangelizar. Juan Pablo II creó con esta finalidad el Consejo Pontificio de la Cultura, para sensibilizar a toda la Iglesia por las tareas concretas de la evangelización de las culturas y del desarrollo cultural. La cultura se ha convertido, también para la Iglesia, en una categoría dinámica indispensable para el análisis social y para la definición del compromiso cristiano en el mundo moderno. En esta perspectiva histórico-antropológica, en la que el porvenir de las sociedades exige que se haga en adelante un análisis cultural con vistas a la acción cultural, se capta toda la significación que reviste la evangelización de las culturas.

La evangelización cultural que realizaba antaño la Iglesia mediante una lenta acción y una paciente ósmosis en los espíritus y en las costumbres, tiene que emprenderse hoy con un esfuerzo más consciente y metódico.

Ruptura entre la fe y la cultura. El hecho masivo y dramático de la secularización exige de ahora en adelante una reflexión atenta sobre la evangelización de los espíritus y de las mentalidades. En el mundo moderno, la religión y la cultura no caminan a la par como en las sociedades del pasado. Las culturas desacralizadas y descristianizadas se han convertido en un terreno nuevo de evangelización. Esta toma de conciencia es la que motiva y justifica la evangelización de la cultura. Pablo VI subrayaba su urgencia dramática: “La ruptura entre el Evangelio y la cultura es sin duda el drama de nuestra época, como lo fue también en otros tiempos. Por eso hay que hacer todos los esfuerzos posibles con vistas a una generosa evangelización de la cultura, o más exactamente de las culturas” (EN, 20).

Esto exige en primer lugar en el evangelizador la percepción mental de la cultura como campo específico que cristianizar. Se necesita una formación en la observación, en el discernimiento y en el descubrimiento de los sectores culturales en los que podrá penetrar el Evangelio. Esto significa que el esfuerzo evangelizador tiene que buscar a la vez la conversión de las conciencias individuales y la conversión de la conciencia colectiva. Pablo VI describía así los dos aspectos, personal y colectivo, de la evangelización: “La Iglesia evangeliza cuando, con la sola fuerza del mensaje proclamado, intenta convertir la conciencia personal y colectiva de los hombres, las actividades en las que se comprometen, la vida y sus ambientes concretos” (EN, 18).

El “ethos” que evangelizar. Percibir la cultura como un terreno de evangelización significa distinguir, en un ambiente cultural, lo que contradice por una parte al Evangelio y lo que exige, por otra parte, ser purificado, regenerado, elevado. Dado que la cultura está constituida precisamente por modelos de comportamiento y por maneras típicas de pensar, de juzgar y de sentir, es a nivel del obrar colectivo como hay que hacer que penetre en ella la luz y la fuerza del Evangelio. Es el *ethos* de un ambiente al que hay que llegar, es decir, a los códigos de conducta comúnmente recibidos en un grupo humano. El *ethos* puede muchas veces contradecir a la ética, proponiendo como normales unas conductas que acaban destruyendo al ser humano y su dignidad: pensemos en la práctica del aborto, de la eutanasia, del racismo; pensemos en la permisividad y en el individualismo erigidos en estilos de vida.

La evangelización de las culturas obligará muchas veces a los cristianos a mostrarse contraculturales: tendrán que criticar y denunciar lo que en su propia cultura es recibido como algo lógico y que tiende a oscurecer las conciencias y a entibiar el sentido moral. La presión de las modas, de los juicios y de los intereses colectivos actúa en profun-

dididad sobre las culturas vivas y condiciona los comportamientos comunes. Evangelizar significará entonces discernir esos modelos de comportamiento según los criterios de la enseñanza de Jesucristo, que vino a salvar a todo el hombre en su dimensión personal, social y cultural.

Por otra parte, la denuncia del mal, del pecado individual y colectivo, apelará positivamente el anuncio del ideal evangélico, que coincide con las aspiraciones más secretas de toda persona y de toda cultura. El Evangelio tendrá que influir en los sectores clave del obrar colectivo, como la familia, el trabajo, la educación, el ocio, los ambientes sociales, económicos y políticos. No se trata solamente de recordar los principios de una moral social, sino de convertir las mentalidades y de transformar por la fuerza del Evangelio las escalas de valores que marcan a una cultura viva tanto para el bien común como para el mal. Es menester que los efectos de la Redención transformen las formas de pensar y el ideal de comportamiento de un ambiente particular. Cada cultura pide ser interpelada en sus modas, sus costumbres, sus tradiciones. Muy en concreto, un ambiente cultural determinado tiene que descubrir que hay una manera cristiana de trabajar, de vivir en familia, de educar a los hijos, de dirigir una escuela, de servir al bien común, de comprometerse en política, de defender los derechos humanos. Esta acción sobre las mentalidades no es fácil; se ejerce en primer lugar a través de las personas y de las familias. Intenta sensibilizar las opiniones y los juicios colectivos en la óptica de una conversión real de los comportamientos.

Conversión de las conciencias y de las culturas. Es indispensable sin duda alguna proponer una ética social, pero la enseñanza moral no constituye más que una primera etapa de la evangelización. No hay evangelización sin conversión, sin cambio de las conciencias. La fe tiene que llegar a transformar la cultura viva de un ambiente. La conversión de las culturas debe entenderse ciertamente en senti-

do analógico respecto a la conversión individual, pero hay que subrayar que la conciencia colectiva tiene también una verdadera necesidad de purificación y de *metanoia*. Existen en las sociedades “estructuras de pecado” o “pecados sociales”, que resultan de múltiples pecados personales, de corresponsabilidades o complicidades más o menos confesadas, de omisiones, de ambiciones, de prejuicios colectivos. La conversión de la conciencia colectiva exigirá un esfuerzo común y la colaboración de un gran número de personas, dispuestas a reconocer el hecho del pecado difundido socialmente y la necesidad de una redención de la cultura. La evangelización de las culturas se lleva a cabo entonces por medio de unas personas que aceptan el mensaje salvífico de Cristo en su vida individual y en su ambiente de vida. Se produce así una especie de influencia mutua entre las conversiones individuales y las conversiones colectivas. Por tanto, la fe debe llegar al mismo tiempo a las conciencias y a las culturas. Es ésta la síntesis que debe realizar la evangelización de la cultura, como decía Juan Pablo II: “La síntesis entre la cultura y la fe no es solamente una exigencia de la cultura, sino también de la fe. Una fe que no se hace cultura es una fe que no es plenamente acogida, enteramente pensada y fielmente vivida” (*Carta fundacional del Consejo Pontificio de la Cultura*, 20 mayo 1982).

El desafío de la cultura de masa. Para captar todo el alcance y también la dificultad de actuar sobre las culturas de hoy, es conveniente observar con atención lo que se llama la cultura de masa y el impacto de los medios de comunicación social en las mentalidades modernas. Los *medios de comunicación social* ofrecen en nuestros días un medio particularmente eficaz para la acción cultural. Los medios de comunicación social se han convertido en poderosos agentes de producción y de transmisión de una cultura de masas que condiciona los espíritus y las conciencias. Todo esfuerzo metódico de evangelizar las culturas tendrá que conceder una atención especial a los medios de comunicación social, y los cristianos tienen que aprender a dis-

cernir y criticar eficazmente la cultura producida por estos medios modernos. Importa sobre todo que los valores cristianos encuentren su expresión en la producción y la difusión de los medios de comunicación social. Se trata en este caso de una apuesta decisiva para el porvenir de la cultura y de la evangelización. Ha sido precisamente la irrupción de estos medios en la vida moderna lo que ha convulsionado radicalmente los valores y las mentalidades, hasta el punto de que las familias, las escuelas y las Iglesias se sienten amenazadas por ellos en su manera tradicional de educar a las nuevas generaciones.

Si insistimos en el significado de los medios de comunicación social en la sociedad moderna, no es porque los consideremos como la única causa de los cambios culturales, sino sobre todo porque esos medios representan a nuestros ojos la importancia inmensa que tiene cualquier acción sobre las culturas actuales. Los medios de comunicación social son ciertamente productores de cultura, pero son sobre todo los reveladores de la conciencia moderna, con sus valores, sus gustos, sus aspiraciones típicas. En ese nivel es donde se sitúa el campo nuevo de la evangelización. Es este hecho de civilización, como tal, el que interpela a los cristianos.

La modernidad como cultura. La cuestión nueva y tremendamente compleja que se plantea hoy a la Iglesia es la de saber si las creaciones prodigiosas de la civilización moderna servirán al bien espiritual o a la ruina de las conciencias. La misma modernidad debe comprenderse como una cultura que evangelizar. La cultura contemporánea está marcada por el impacto que los fenómenos de urbanización y de industrialización ejercen continuamente sobre las formas de pensar y de obrar. La cultura moderna va acompañada innegablemente de progresos humanos y de esperanzas que el evangelizador tiene que saber asumir, con vistas a un desarrollo cultural abierto a la esperanza cristiana. Al contrario, la cultura moderna debe ser criticada en sus rasgos negativos, que constituyen un obstáculo

para el progreso humano y espiritual de las personas y de las sociedades. La conciencia moderna ha de enfrentarse ahora con problemas morales que tienen una dimensión planetaria, como la construcción de la paz, la solidaridad en el desarrollo de todos, la protección de la naturaleza. Estas cuestiones superan las capacidades de cada individuo, pero nadie puede sentirse indiferente ante las responsabilidades comunes. Estas exigencias forman parte ahora de la cultura que está surgiendo en el mundo.

El esfuerzo evangelizador debe abrazar ahora esta vasta dimensión de las nuevas culturas. La seriedad del desafío sugiere que la tarea no podrá llevarse a cabo debidamente sin un esfuerzo más concertado y metódico de todos los responsables de la evangelización. Ninguna diócesis, ninguna parroquia, ningún instituto o movimiento religioso conseguirá él solo asumir la misión de evangelizar las culturas de hoy. Resulta indispensable un esfuerzo conjunto, en todos los niveles. Aquí es donde reside la novedad y la promesa de la evangelización de las culturas. Esta perspectiva constituye hoy el objeto de investigaciones y de estudios especiales, centrados en el problema correlativo de la inculturación del Evangelio. Estas dos cuestiones se iluminan mutuamente: la evangelización de la cultura y la inculturación del Evangelio deben comprenderse en sus relaciones mutuas y complementarias (véase: **Inculturación del Evangelio**).

En resumen, lo que se requiere es una sensibilización nueva de los responsables de la evangelización. Se les pide que perciban la dimensión cultural de la acción pastoral y que promuevan un intento concertado, a nivel de toda la comunidad cristiana, para que la fe penetre y regenere las culturas vivas. Es éste uno de los desafíos más urgentes de la civilización, como afirma Juan Pablo II: "Tenéis que ayudar a la Iglesia a responder a estas cuestiones fundamentales para las culturas actuales: ¿cómo es accesible el mensaje de la Iglesia a las nuevas culturas, a las formas actuales de la inteli-

gencia y de la sensibilidad? ¿Cómo puede la Iglesia de Cristo darse a entender al espíritu moderno, tan orgulloso de sus realizaciones y al mismo tiempo tan inquieto por el porvenir de la familia humana? ¿Quién es Jesucristo para los hombres y las mujeres de hoy?" (*Al Consejo Pontificio de la Cultura*, 16 enero 1984).

Véase también: **Inculturación del Evangelio, Nueva evangelización, Modernidad.**

Bibl.: F. de Armas Medina 1953; D. J. Bosch 1991; CAL 1992; H. Carrier 1987, 1990a, 1991; CELAM 1991; G. Doig Klinge 1993; H. Epalza Quintero 1990; A. R. Fernández 1990; E. García Ahumada 1991; L. Gómez Canedo 1977; P. Gordan 1993; R. Guardini 1967; G. M. Havers 1989; G. Langevin y R. Pirro 1991; R. Lazcano 1993; A. Lee López 1986; L. J. Luzbetak 1988; J. Metzler 1991; R. H. Niebuhr 1951; A. Roest Crolius y otros 1991; J.-I. Saranyana 1990, 1991; Simposio Internacional 1992; P. Tillich 1974; Varios 1986, 1987, 1991; A. Vergote 1983.